

Evangelizar a los niños (parte 2)

La unidad de vida

Fco. Javier Gay Alcain

COMO NIÑOS



Cuando contemplamos a Jesús en el Evangelio son muchos los rasgos de él que nos cautivan. Uno de ellos es la total unión de su oración con su vida. En Jesús la oración no es una actividad a la que dedica un determinado tiempo de su vida, sino que toda su vida es una oración. Esto quiere decir que su oración era tan intensa y tan fuerte que impregnaba, completamente, todo lo que hacía. En nosotros no sucede así. Nosotros dedicamos un tiempo a la oración, otro al trabajo, otro a la vida de familia, otro al ocio... Y al hacerlo corremos el

riesgo de caer en lo que se llama la fragmentariedad de vida, es decir, que cada área de nuestra vida vaya por una camino diferente y, a veces, por caminos opuestos. Puede ser que en el grupo de oración nos mostremos de un modo, en la familia de otro, en el trabajo de otro... De este modo vamos rompiéndonos interiormente.

Pues bien, los niños tienen una sensibilidad especial para captar estas situaciones. Y uno de los aspectos que más hay que cuidar al evangelizarles es la unidad de todo lo que hacemos.

La unidad clave de la evangelización

Cuando comenzamos nuestra labor evangelizadora con los niños en el año 1991 planteamos nuestros encuentros con ellos de un modo que parecía bueno, pero que, posteriormente, vimos que no respondía al plan que Dios tenía para nosotros. El primer encuentro fue concebido como una serie diversa de actividades en la cual había momentos de oración, juegos, actividades de naturaleza, cantos... Y pensábamos que el conjunto de todo ello ayudaría a aquellos niños. Pero, Dios nos sorprendió y

COMO NIÑOS

desmontó nuestros esquemas. Una lluvia persistente de tres días, trastocó nuestros planes y pasamos los tres días en una única sala en la que se jugaba, cantaba, alababa... casi a la vez. De tal modo que la alabanza tenía mucho de juego y los juegos podían servir para una enseñanza y los cantos se convertían en oración. Habíamos dejado de tener "parcelas" y habíamos descubierto, de un modo práctico, la unidad de vida. Nuestra "sorpresa" fue que aquellos niños participaban con mucha mayor alegría en esta nueva situación y que, ahora, las actividades habían dejado de ser un conjunto de compartimentos estancos para convertirse en una única labor que se podía expresar de diferentes modos.

A partir de aquel año procuramos cuidar esta unidad que Dios nos estaba mostrando. Y, año tras año fuimos reafirmando en la necesidad de atender de un modo muy especial a esta interrelación de todo lo que hacemos. Así vimos que si antes teníamos un momento de oración y otro de juegos, los niños estaban esperando a que terminase la oración para empezar a jugar. Ahora, si la oración tenía una parte importante de juego, la alabanza se convertía en uno de los momentos que los niños disfrutaban de un modo más pleno. Y el juego era un momento muy bueno para vivir en la práctica lo que sobre la atención a los demás o sobre el perdón habíamos ido diciendo en otros momentos del día. La vida de los niños iba adquiriendo así una gran unidad. Y los niños se encontraban con una paz y una alegría que superaba a la alegría propia del juego o de la convivencia con los amigos.

Los tiempos "muertos" están muy vivos

Junto a ello, participamos también de otra experiencia. En los encuentros, de niños o mayores, suele haber lo que llamamos "tiempo libre", en el que no hay ningún acto programado. Parecen momentos necesarios para el descanso

que permitirán participar mejor en las actividades previstas en cualquier retiro o encuentro. Esto puede valer a partir de determinada edad, pero con niños no es muy conveniente. De hecho, observamos que, más de una vez, lo que parecía haberse logrado en las diferentes actividades, se "perdía" cuando llegaba el tiempo libre. Y nos dimos cuenta de que, también aquí, valía el principio de la unidad de vida del que hemos hablado.

No es suficiente que nuestras actividades estén muy bien preparadas y sean muy adecuadas, es necesario que el resto del tiempo, el "tiempo libre", también esté impregnado de la misma vivencia de Dios, si no, asistiremos a una batalla en la que a las victorias de determinados momentos, les sucederán las derrotas del "tiempo libre". Nuestra conclusión fue y sigue siendo que dicho "tiempo libre" es el momento más importante de nuestros encuentros con los niños. Ese es el momento en el que más tenemos que trabajar con ellos. Ahí descubriremos quién es el que está solo y por qué, quién necesita hablar, quién muestra una cara con nosotros y otra con los amigos, quién necesita nuestra compañía y cercanía, cuáles son sus gustos e intereses, qué es lo que les preocupa... Es la ocasión de estar con ellos y quererlos,

no porque toca, sino desinteresadamente, porque Dios nos mueve a ello. Esta cercanía y acogida es la que va a permitirles abrir el corazón a Dios mismo que está llamando también a su puerta.

El momento de Dios que puede darse en una oración o en una adoración se prepara y se "recoge" en este "tiempo libre". Por eso, debemos considerar a este tiempo, aparentemente más improductivo espiritualmente, el momento más importante en la evangelización de los niños. Podríamos decir que el fruto espiritual de un encuentro con niños va a depender, en gran medida, del modo de vivir estos tiempos de "descanso" o de juego. Si se limitan a momentos de mero entretenimiento o en los que meramente cuidamos a los niños, habremos perdido la mejor oportunidad. Si son los momentos de expresar que somos una familia, de convivir con ellos, de fomentar el que vivan "divinamente" lo más propio de la infancia y les ayudamos a que aprendan cómo hacerlo... entonces los momentos de oración o espirituales serán un gran gozo, porque el niño llegará a ellos con la seguridad de saberse querido y acogido y su oración será la expresión de lo que hemos sembrado en esos momentos en los que, aparentemente, no había que hacer nada.

